

— Cuando usted guste...

Palideció éste mortalmente sin, al parecer, tener fuerzas para levantarse, lo que visto por la duquesa, acercósele diciendo:

— Valor, amigo mío.

— ¡Oh, Adriana, esto es superior á mis fuerzas.

— Y, sin embargo, si viera usted á lo lejos á la hermosa Isabelita que le llamaba tendiéndole los brazos, como un niño echaría usted á correr hasta alcanzarla.

— Sí, sí, sí... vamos.

## CAPÍTULO X.

## CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Subamos á la guardilla habitada por la amiga de nuestra heroína, y detengámonos un momento ante la escena que se ofrece á nuestra vista. Sentada junto á la ventana estaba la madre del premiado escritor haciendo rodar por sus blancos dedos una fina calceta, mientras sus ojos se fijaban tiernamente en su querido hijo, que colocado en frente de ella, daba algunas lecciones á la pequeña Isabel, la que rodeaba con su brazo izquierdo el cuello del jóven, prestando la mayor atencion á sus palabras. A poca distancia cosía su jóven madre, escuchando embobada á la tierna niña, si bien de vez en cuando tomaba su semblante un aspecto

sombrío, debido á los negros pensamientos que por su mente cruzaban.

—Bien, querida, exclamó el jóven; eres una discípula que honra á su maestro.

—¿Y cuándo me traerás el mapa grande que me tienes ofrecido? preguntó graciosamente la niña; con éste tan chiquito y tan feo no veo mas que líneas y medios puntos que me confunden y jamas encuentro lo que busco.

—Mañana lo tendrás.

—Es que hace muchos dias que me dices mañana.... mañana, y ya no te creo.

—¿No ves que le tengo en la otra casa y se me olvida, á pesar mio?

—Pues, mira, te ataré un cordoncito en el dedo; pero tan estrecho, que habrás de acordarte aunque no quieras.

—No hay necesidad; mañana tendrás el mapa.

—¿No me engañas?

—Te lo prometo.

—Entónces sí que estudiaré; verás como encuentro lo que busco.

—Vaya, dime, ¿qué es lo que deseas ver en el mapa? Indícamelo, que yo lo encontraré en éste que tanto te disgusta.

—¿Sí?...

—Desde luego.

—Pues, toma: ¿á ver si encuentras dónde está Paris?

—Paris!... murmuró su madre palideciendo. ¿Por qué deseas saberlo?

—¿Pues no dices que allá vive mi papáito?

—¿Y por esto lo buscas, vida mia? preguntó Isabel dándole un beso.

—Pues...

—Aquí está, dijo Enrique.

—¿Aquí?... objetó la niña poniendo su dedito donde le indicaba el de su maestro. Si esto no es mas que un punto negro donde no se vé nada.... ¡Ay, qué triste deber!... Escribele que se venga pronto, mamá.

—¿Por qué, hija mia? preguntó Isabel enjugándose una lágrima.

—Porque aquí estará más contento que debe estar en ese sitio tan feo.

—¡Oh, buen Dios! haced que las palabras de este ángel sean una profecía.

—¡Toma!... ya lloras, continuó la niña besando á su madre; no se puede hablar de papá sin llantos: cuando venga se lo he de decir. Mira, continuó sentándose en sus rodillas; hoy he soñado que un ángel se me acercaba, no de estos chiquitos y regordetes, sino uno muy grande con unas alas tan anchas que me cubrían toda. Yo no sé cómo fué, sin duda el ángel las ha esparcido; pero es el caso que me he encontrado toda rodeada de flores, he cogido una tan hermosa, como no has visto otra en tu vida, y al verla tan bonita se me ha ocurrido darla al ángel; ¿verdad que he hecho bien?

—Sí, querida, muy bien, contestó la madre no pudiendo dejar de sonreirse al oír las candorosas palabras de la inocente.

—Pues verás: el ángel ha tomado la rosa y la ha besado; luego bajóse hácia mí para

darme otro beso, y yo me he cogido á su cuello y le he devuelto á él muchos: entonces se ha echado á llorar y me ha dicho como me dices tú siempre: «¡Hija de mi alma!...» le he mirado bien y he visto que aquel ángel era mi papá.

—¡Oh! calla, calla, exclamó Isabel estrechando á la niña contra su corazón.

—¿Y cómo sabes que era tu papá, preguntó Enrique.

—Porque cuando me ha dicho esto, iba vestido como tú, y ya no tenía alas, sino una barba muy negra, y yo le he dicho á él: ¡papá, papá mío!... ya ves si lo era.

Sourió bondadosamente el jóven ante la lógica de la niña, diciendo:

—Tus razones no dejan duda.

—Sí, Isabelita, sí; tu papá era, repuso doña Carmen, tu papá, que vendrá pronto para no separarse jamas de tu lado.

—¡Oh, doña Carmen! murmuró Isabel. ¡Dios lo quiera!

—¿Tan animosa hace algunos dias, y tan abatida ahora?...

—Es que nada hemos sabido desde que le escribió mi hija ¡y esto me aterra! ¿Qué efecto le habrá hecho su carta?

—Si ántes de que la recibiera se supo que estaba dispuesto á regresar á España; despues de recibida, regresará.

—Eso creo yo tambien, continuó Enrique.

—¡Así sea!

Oyóse en aquel instante llamar á la puerta, y seguidamente entró una jóven sirvienta diciendo:

—Señorito, aquí está José.

Levantóse súbitamente el jóven y salió de la habitacion acompañado de las miradas de su madre, que exclamó tristemente:

—Al solo nombre de José ha palidecido hasta faltar el color á sus labios, porque José viene de allá . . . ¡Ay, mi pobre hijo lleva la muerte en el corazon!

—No, doña Cármen, la llevan ambos, replicó Isabel.

José era un bondadoso anciano que en sus brazos habia mecido al esclarecido va-

te en sus tiempos de esplendor, del que apenas tenia aquel memoria, á quien quiso de nuevo á su lado cuando volvió á sonreírle la fortuna, y á quien queria y cuidaba como una antigua joya de la casa. Hízole entrar en la otra guardilla, que aún podia llamarse su morada, y una vez allí, preguntóle:

—¿No la has visto, verdad?

—No, señor, contestó respetuosamente el anciano.

—Lo presumia . . . ¿á quién entregaste la caja?

—A una jóven extranjera.

—Dime todo lo que has visto, lo que has dicho, lo que te han dicho á tí . . . cuéntame todo sin omitir palabra.

Refirióle José lo que habia hablado con la inglesa, su rato de espera en la antecala y cómo le habian entregado el billete que entónces presentó al jóven.

—¡Oh, un billete! . . . dame, dame pronto; por ahí debias haber empezado.

—Si el señorito no me dió tiempo . . .

—¡Es verdad!... perdona, mi buen José... no sé lo que me digo.

Desdobló el papel, leyólo rápidamente y llevólo á sus labios con delirio.

—Me da las gracias con todo su corazon, exclamó ebrio de felicidad ¡ay! su corazon con todas las gracias es lo que yo quiero, lo que yo necesito.... ¡Insensato de mí!... ¡si no podria resistir la dicha de poseerlo!

—¿Qué tiene que mandarme el señorito? se atrevió á preguntar el anciano.

—¿Estás tú aquí? respondió el jóven como despertando de un sueño; ¿qué importa? fuiste testigo de las locuras del niño, bien puedes serlo de las del hombre. ¡Ah, José! me has traído con este papel un talisman que nunca se apartará de mi pecho.

—¡Quiera Dios que tan grande amor sea correspondido como se merece!

—No, José, no lo deseas, porque me mataria la felicidad si es que lo resistia mi juicio.

—Es ésta mucho más llevadera que la

desgracia, y la ha arrostrado el señorito con faz serena.

—Sí... mas no hablemos de esto; hazte cuenta que nada has visto, que nada has oído, que nada te he dicho: hay cosas que no puede profundizar la mirada del hombre sin profanarlas....

Inclinóse profundamente el anciano.

Enrique continuó:

—Llégate á casa del señor Redondilla, y dile, que si aun es tiempo, tire mil ejemplares más de mi obra.

Tomó José la escalera con toda la ligereza que le permitian sus sesenta y pico; de nuevo besó el billete el apasionado jóven, guardándolo luego sobre su corazon, y serenando su semblante lo mejor que pudo, reunióse á su madre y amigas que con ansia le esperaban, fijando ambas una mirada llena de interes en su demudado semblante, sin que ninguna de las dos se atreviera á aventurar palabra; y cruzando entre sí otra de inteligencia, la madre bajó los ojos hácia su calceta, Isabel empren-

dió de nuevo su costura, y el agitado joven trazó algunos guarismos presentándolos á la niña para que los sumara.

De pronto llamóles la atención el ruido de un carruaje que frente su casa paraba, el cual hizo soltar la labor á Isabel y prestar atento oído, hasta que oyeron llamar reciamente á la puerta, á cuyo golpe exclamaron todos:

— ¡Adriana!...

Levantóse ligera Isabel, pero Enrique fué más diligente y abrió por sí mismo la puerta. Entró la duquesa, saludando al joven con una cariñosa sonrisa, mientras enlazaban sus manos tan estrechamente como si jamás debieran separarse, diciéndose con aquel apretón mucho más de lo que se atrevieran sus labios; luego abrazó cordialmente á su amiga, prodigó mil caricias á la pequeña Isabel, estrechó la mano á doña Carmen, y sentándose entre ellos repuso:

— Dispénsame, querida, si mis muchas ocupaciones me han privado de visitarte

estos días, si bien son preferibles pocas visitas productivas á muchas inútiles.

— No digas eso, Adriana, tus visitas siempre son un gran bien para cuantos aquí estamos, y para mi pobre corazón un rayo de alegría y esperanza que sin tí jamás sintiera.

— ¡Hoy sí que estoy casi segura de traértela completa!

— ¿De véras? . . . ¿qué ocurre, Adriana? ¿has tenido por fortuna noticias de París?

— Esta loca no piensa mas que en París, respondió la duquesa con tono jovial, dirigiéndose á doña Carmen y á su hijo que estaba extasiado mirándola á ella.

— Es tan natural... repuso doña Carmen.

Contestóle Enrique con una mirada, en la que iba envuelta su alma, la que pagó Adriana con otra no ménos significativa, y continuó diciendo:

— Vamos á ver; ¿erees formalmente que solo pueden alegrarte las noticias de París?

— Únicamente lo que esté relacionado

con tu felicidad y la de mi hermano Enrique.

Púsose la duquesa encendida como una amapola, contrajéronse las facciones del jóven, y una lágrima escapó de los ojos de la anciana.

—Pues nada de eso me trae á tu lado, y sin embargo, pienso hacerte feliz, repuso la duquesa aparentando no entender.

—Nada has sabido de mi Ricardo y dices que voy á alegrarme? preguntó Isabel alarmada.

—Ninguna carta ha llegado á mis manos, te lo juro, pero . . . no hace falta.

—Por Dios, Adriana, ¿qué misterio es ese? ¿Es que tienes que hacerme alguna gran revelación y deseas prepararme? Si es así, son inútiles tus precauciones, pues mucho tiempo hace que estoy preparada á todo lo malo ó bueno que pueda sucederme. Dime: ¿ha llegado nuestro acento al corazón de mi esposo? ¿vuelve á los brazos de su pobre Isabel? ¿renuncia á ella para siempre? ¿negóse acaso á leer la car-

ta de su hija? . . . Ya ves que nada puede sorprenderme; habla, Adriana, habla, díjole Isabel cogiéndola entrambas manos.

—¡Jesus! ¿cómo es posible mientras tú lo hagas con tal vehemencia? . . . Ante todo, ¿está aquí tu criada?

—Sí: ¿por qué?

—Porque está demas: mándala en seguida á cualquier parte con tal que tarde en volver.

Levantóse Isabel precipitadamente para dar órdenes á su sirvienta, y apenas hubo salido del aposento, murmuró Adriana dirigiéndose á su nodriza:

—Pronto, Ana.

Acercóse luego á doña Cármen, diciéndola en voz baja:

—En el carruaje está Ortiz esperando...

—¡Cielos! . . . ¿qué dice usted, señora?

—No he querido que sabiera conmigo, para, además de prepararla, evitar que hubiese en tal escena testigos que no deben.

—¡Discreta y previsora en todo! murmuró la anciana.

—Pues qué, ¿está ya aquí? balbuceó el jóven comprendiendo.

—Sí, Enrique, contestó Adriana.

—¡Gran Dios!... y despues de un momento de reflexion, continuó: ¿le parece á usted que nos retiremos, á lo ménos yo?

—¿Por qué, Enrique? el solícito hermano de la abandonada esposa, el generoso protector de la inocente hija, que empeñó su propio vestido para darla de comer, debe huir del esposo y del padre?

—¡Oh! no me ha comprendido usted...

De nuevo entró Isabel en el aposento, y cogiéndose al cuello de la duquesa con febril agitacion, repuso:

—Ya está fuera Aniceta, ya puedes hablar libremente, ¿qué me traes? pronto, pronto, Adriana.

—Te traigo la felicidad.

—¡Cómo! ¿en qué?... acaba... por Dios, acaba.

—Repórtate ó lo echamos todo á perder, pues ahora más que nunca necesitas de toda tu serenidad y sangre fria.

Si, Adriana, estoy serena, estoy tranquila... habla.

Un golpecito dado en la puerta separó á Isabel de los brazos de la duquesa, la que corrió á abrirla, dando paso á Ana acompañada del hombre que ya conocemos, la cual dijo en voz baja:

—Ánimo, Ortiz, que es la última prueba. Avanzó éste, y despues de saludar en general, clavó los ojos en Isabel, murmurando tristemente.

—¡Cuán demudada!!

Fijó ésta los suyos en el cadavérico semblante de Ortiz, é instantáneamente púsose lívido su semblante, extendió los brazos arrojando un agudo grito, enlazándolos fuertemente al cuello de su esposo:

—¡Ri... car... dol... pudo decir apenas. Otro grito no ménos conmovedor siguió al primero.

—¡Papá mio! exclamó la niña cogiéndose á sus piernas.

Tendió Ortiz una mano á su hija y ahogó sus sollozos en el seno de su esposa.

Hubo un momento de silencio en el que las lágrimas que copiosamente brotaban de todos los ojos, decían con más elocuencia que las palabras, el estado de aquellos corazones.

La primera que lo interrumpió fué Isabel, exclamando:

— ¡Ricardo de mi alma!... ¡Al fin vuelves á mis brazos!... ¡Oh, bendito, bendito seas!

— ¡Isabel mia! pudo apenas bulbucear Ortiz: ¿soy acaso digno de tu perdon?

— ¡Oh, calla... calla, por Dios! Este supremo instante recompensa todo lo que he sufrido... Ni una palabra que amargue nuestra felicidad, Ricardo; tú eres bueno, tu corazón no podía permanecer en su desvarío, yo esperaba en él y no he esperado en vano!

— ¡Ah, cuán infame he sidol

— Calla, que está delante tu hija... dijo Isabel á media voz y tapándole la boca con su rostro.

— ¡Mi hija! gritó Ortiz tomándola en sus brazos: ¡hija de mi alma!

— ¡Papá mio! exclamó la niña cubriéndole el rostro de besos: ¡si supieras que ganas tenía de verte!... ¿No es cierto que en París estabas triste?

— Sí, ángel mio, sí.

— Eso decía yo, en cuanto venga, se pondrá contento... ¡Todos te queremos tanto!

— ¡Oh, basta!... basta, por Dios, exclamó el infeliz padre arrojándose en una silla con su hija en brazos.

— ¿Qué tienes, papá?

— La alegría de verte, la alegría de oírte contestó con arrobamiento: ¿no lo comprendes, alma de mi alma?

— Sí, y como ahora me verás y oirás siempre; siempre estarás contento; ¿verdad?

— Sí, sí....

— Pues yo también, continuó la niña abrazándole y manoseándole la barba, porque ahora acabará mi mamita de llorar.... ¡Si vieras cuánto ha llorado!...

—¡Pobre víctima mía! dijo Ortiz tendiéndole una mano.

Abrazóse ésta al padre y á la hija, y aquel repuso dirigiéndose á la duquesa:

—Mire usted este cuadro, Adriana; es obra suya, sin usted no existiera: en su lugar habria otro de pesares, lágrimas y crímenes.

—¡Dios, Ortiz; Dios lo ha hecho todo!

—Por su mano de usted, buena amiga; por esa mano que yo bendeciré mientras viva.

—Sí, hermana mía, repuso Isabel; conducida por ella la felicidad se mece hoy sobre nuestras cabezas, no podrá ser completa si los seres á quien tanto amamos y tanto debemos, no la disfrutan tan grande como nos la han procurado; tu corazón sufre horriblemente, Adriana, y otro miro también que está en la agonía.

—¡Oh, sí, sí!... exclamó Enrique; y sin ser dueño de sí mismo, arrojóse á los pies de la jóven, la tomó una mano y llevóla á sus labios con delirio.

—¡Enrique!... balbuceó la duquesa, levantándole sin poder ocultar su emoción.

—¡Perdon, Adriana! que no puede contenerse más mi alma, repuso el jóven. Como la amo á usted, me es difícil expresarlo, que no se puede á la boca trasladar lo que hay en el alma; tan grande y tan puro es mi amor, que no me avergüenzo de confesarlo delante de Dios, delante de mi madre y de nuestros amigos... séame al menos permitido morir por usted, si es que me cree indigno de poseer su mano.

Cruzáronse los ojos de Adriana con los de doña Carmen, y arrojándose una en brazos de otra, confundieron sus besos y sus lágrimas... Al fin desprendióse la duquesa de los brazos de la anciana, y dijo tendiendo su diestra al apasionado jóven:

—¡Dichosa mil veces yo, que tal esposo Dios me depara!... Sí, Enrique, tiempo hace que nuestros corazones se unieron con indisoluble lazo; justo es que le santifiquemos.

—¡Oh, gracias, Dios piadoso! exclamó

doña Carmen, mientras Enrique sin poder pronunciar palabra, besaba repetidas veces aquella idolatrada mano que consideraba ya suya; y la buena nodriza, deshecha en lágrimas, se arrojaba al cuello de la joven murmurando:

— Ahora moriré contenta.

En tanto Isabel hablaba al oído de su esposo, á cuyas palabras levantóse éste y dijo tendiendo su mano al feliz Enrique:

— Dios me hizo morir en aquel mundo de cieno para usar de su infinita misericordia, llevándome á un cielo del que procuraré hacerme digno.

.....  
Momentos despues, con la emocion fácil de imaginar, regresaba la duquesa á su casa en compañía de su nodriza.

## CAPÍTULO XI.

## CONSECUENCIAS.

Desde la desagradable escena ocurrida entre Lola y sus señores padres, habiase apoderado del corazón de ésta tan intensa tristeza, que á pesar suyo la revelaba su rostro. Véasela en los paseos, en los teatros y reuniones con más frecuencia si cabe que ántes, mas no asistía á ellos con la misma alegría, no se mofaba ya, ni miraba con desden cuanto tenia en su derredor. Habia penetrado hasta el escondrijo de la miseria, y comprendido que no son necesarios muchos escalones para bajar á ella, basta un paso mal dado para caer en sus garras, como resbalar con un grano de are-